JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

FUNDIRSE EN NEGRO



DICIEMBRE DE 2006
REVISIÓN TEXTO ACTUAL
ENERO DE 2025

BLACK EDICIONES
PLAZA MAYOR, 11. 18800 BAZA
(GRANADA)
papeleriablack@gmail.com
www.papeleriablack.es

TEXTO E ILUSTRACIÓN
JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

Reservados todos los derechos. Mal dolor te dé si haces mal uso de este texto. Disculpas anticipadas por mi pedantería juvenil y perdón por las erratas (si las hay).

PRIMERO

Lo único que me quedaba eran las cartas que rememoraban los viejos sentimientos que algún día debí tener. Vivía encerrado con esa que decía ser mi familia, sus manías, sus costumbres y la amnesia. La apatía general por la vida, el absentismo de lo cotidiano, la ausencia del todo.

Una vida de lo más estimulante: por las mañanas, cortos paseos con mi madre (recomendación del médico) por la orilla de la carretera o por los estrechos caminos de la huerta cercana. Cada día, por las tardes, repasábamos los álbumes de fotos con las imágenes ya descoloridas y con los bordes redondeados por el tiempo, por si algún atisbo de memoria conectara las imágenes con el pasado. Y las cartas, secreto no compartido, que declaraban que alguna vez, en tiempos pasados, cuando todavía me reconocía en este cuerpo y en esta mente vacía, de-

cían compartir eso que llaman amor, lo que intuyo en algunas novelas y en las películas que me hacen ver, lo que pronto comprenderé.

Los paseos me resultaban mortificantes; cada cuatro pasos alguien nos detenía para preguntarnos cómo me iba, ¿notas alguna mejoría?, y respondía mi madre por mí, como si no fuese amnésico, sino imbécil o impedido. Sonríe, da las gracias, ¿no ves que se preocupan por ti?, exigía sonriente mi madre. Sí, por mí, caras que no reconocía, que no sabía quiénes eran, les abría lo que quedaba de mí para decirles que me alegraba de que se preocuparan tan sinceramente.

Otro paseo ya anocheciendo, para no enconarnos con demasiada gente, pues, decía la psicóloga, podía ser contraproducente.

—¿Qué es ese olor? —pregunto a mi madre.

—Debe ser el azahar —responde ella acercándome al árbol.

—No, no es este, el otro, el que se desvanece.

—¿El que se desvanece?, no huelo nada más —sentencia.

DESPUÉS

Las cartas revelan que hubo alguien que significó algo para mí y aún más; yo también signifiqué algo para ella. ¿Y si descubriese quién es, pero no me correspondiera? *No soy nadie* —diría el muerto; *No somos nadie* —suelen decir los que lo entierran; pero yo, vivo, como el muerto, nadie soy. ¿Quién es alguien sin forma de ser? ¿Quién puedo ser sin recuerdos?

Que no se excite demasiado —aconsejaba el médico—, pasar por un coma de un año y despertar de repente, sin memoria, sin recuerdos; no sabemos cómo puede afectar a la mente. Puede que esté desubicada, es normal, es difícil, una fuerte impresión puede ser contraproducente (todo parece contraproducente para mí), puede bloquear el proceso. Debemos trabajar con tranquilidad, que se habitúe, que vaya formando hábitos, sin obsesionarse con el pasado, pue-

de que un día, cualquier cosa lo traiga de vuelta.

La sensación de ansiedad es terrible, siente uno haber desperdiciado toda su vida.

Todos me dicen quién era, cómo era, pero lo más importante de uno mismo, la psique que decían unos, el espíritu que dicen otros, nadie lo conoce, solo uno y a quien se lo da. Pudo ser la persona que escribió las cartas, esa debe tenerlo, ella debe conocerlo. ¿Y si ya no me correspondiese? Eso haría que esta mente ausente y este corazón quebradizo se abandonasen a la desesperación. ¿Quién me pudo conocer sino ella? ¿Y si ya no me quiere? No debe hacerlo, pues no aparece, quizá por aquello de las emociones.

A menudo pienso en ella y me imagino diferentes excusas, más bien impedimentos, para que alguien que escribió

unas cartas tan emotivas no haya preguntado al menos qué tal me encuentro. Las cartas son secretas. Las encontré detrás de una mesita de noche hace ya algún tiempo y cuando las leí me hicieron llorar. En ellas se narraban pequeñas confidencias, un inocente juego amoroso que me hace estremecerme. No estaban firmadas, pero por el contexto, se entendía que aquella chica y yo teníamos una relación profunda.

¿Qué es lo que no recuerdo?

Con cada carta que leo lo voy entendiendo, lo comprendo. No tiene por qué ser un dios, hay quien adora a una montaña, a un animal e incluso a un falo y yo empiezo a darme cuenta: he empezado a adorar a esa chica, las cartas me lo dicen y me convencen con cada nueva frase: no sé si esto es bueno para mí. Estoy empezando a idealizarla. Sé que todo puede ser una fantasía. ¿Dónde estás que no apareces?

SER

Tenías carácter, eras tímido, así es como debes ser, como eras. Todos abren su corazón y se compadecen de mí convirtiéndome en una especie de monstruo, un Frankenstein a su medida, retales de cada vida; conocen mis secretos, tan falso, tan conveniente; nunca comprendido del todo, todos ciertamente incomprendidos. Digo lo que siento y todos asienten, dicen: *ajá*, *normal*, *claro*, parpadean lentamente, como bovinos y me resuelven la vida en dos frases. Pero siento que nadie me sostiene.

Qué condena es esta, no saber uno quién es; mirar al espejo y sentir lo mismo que si estás cara a cara con un extraño. Ese es mi rostro, me digo a mí mismo, podría ser el de cualquiera, no tengo con qué compararlo salvo con las fotos de los álbumes y ese es otro yo. Es un yo congelado en otro tiempo.

La única identidad que reconozco en mí es la memoria narrada de las cartas que me hacen feliz y me impulsan a querer serlo otra vez; alguien las escribió y yo rastreo en mi mente unos pasos que me llevan a puertas cerradas. Agito mi consciencia intentando que algo salga disparado de ella, pero no me trae nada. Una mente traicionera que me dice que hay algo, pero no me lo da. Leí de Quevedo que dijo*: No es dichoso aquel a quien la fortuna no puede darle más sino aquel a quien no pueden quitar nada*; y razón que tenía, para bien o para mal, todos tenemos algo propio, único; nosotros mismos, pero yo lo he perdido y es angustioso, como a quien le amputan los brazos y aun en las noches cálidas se despierta con picores en las manos. Siento una presencia escondida a mi espalda y por mucho que lo intento siempre permanece oculta, presente, casi a mi alcance, pero inalcanzable.

Con cada nueva carta intento imaginarme su rostro, qué detalles serían determinantes para reconocerla, cómo haría para reconocerla si no fui capaz de reconocer el rostro de mi madre, a los amigos de toda la vida o al cuerpo y el rostro que dice ser el mío. No aparece ni un nombre, ni siquiera una vaga descripción. Es todo tan sutil que es la imaginación la que debe hacer todo el esfuerzo, e incluso así, es difícil hacerse una idea de lo que describe este mi nuevo evangelio. No consigo ponerle rostro. Por las noches cierro los ojos y combino formas en un rostro y le voy cambiando los rasgos. Ojos azules. Ojos castaños. Pelo rubio. Pelo azabache. Siempre acaba emborronándose y formando una mancha acuosa e indescifrable.

LA VOZ

Paseos y más paseos: dice el médico que no es bueno estar encerrado día y noche. Ha observado que siento agitación por algo, no sabe por qué —no se lo diré— y dice que es bueno, que mejoro.

Escondido como de una comadreja escuché que le decía a mi madre que debía controlar aquello que fuese que estuviere haciendo, que no era bueno que me encerrara en mí mismo, que compartir las cosas era algo importante para empezar relaciones y fortalecer los lazos que nos unían como madre e hijo y lo mismo con los amigos.

¿Cómo estás?, ¿notas alguna mejoría?, no, señora, no noto nada nuevo, pero quisiera decirle que sí para musitarle en un escalofrío cómo de repulsiva me resulta su cara y que seguramente es usted imbécil. Siento ser tan mezquino.

Siempre igual, lo mismo un día y otro. Se le ve más animado, dice mi madre.

—¿No te acuerdas de mí? —me pregunta otra mujer—, ¡pero si de pequeño estabas siempre en mi casa!, que decíamos tu madre y yo, estos se nos casan, ja, ja, ja… lo que nos reíamos, ¿no te acuerdas de mi hija?

—¿Debería? —pregunto yo.

—Pues os llevabais muy bien —responde ignorando mi tono cortante.

—¿Pudiera ser que me acostara con ella? —le propongo.

Los ojos de la mujer se desorbitan horrorizados. Mi madre me da un pescozón.

—Madre —le reprendo—, ¿no ve que estoy amnésico?, eso no me beneficia en nada.

El fin de semana paseo doble, *maitines y vísperas*. ¡Exhibid al hombre sin cabeza!, ¡el hombre que no sabe que un

día fue! Sonríe, da las gracias porque se preocupan por ti. Gracias, señora foca. Gracias, señor nutria.

Entre gratitudes y sonrisas, un domingo, por una ventana se deslizó una voz. Ya voy, decía. Y la voz debía ser de alguien porque el viento va, pero no lo dice, si acaso lo aúlla.

Le pregunté a mi madre por la voz de la ventana: No sé, me respondió ella, que había olvidado quién vivía allí. Qué amnesia tan conveniente, pensé. Puede ser —le dije yo— que se esté preocupando por mí, debería ir a darle las gracias, o una sonrisa al menos. No seas insolente —me advirtió—, no tengo por qué saber quién vive en cada casa.

Ni el perfume que embriagaba era azahar ni la voz era desconocida, de eso estoy seguro. No es la memoria que nos hace recordar, sino la esencia de las cosas, la lógica de una actitud, un sabor o un gesto. Quizá un olor o el sonido de

una voz. Me inquietó y mi madre lo percibió.

Desde ese día no volvimos a pasar por aquella calle.

EL PROGRESO

¿Que quieres salir? Tendrás que ser bueno —me advertía mi madre condescendiente.

Régimen penal, ganarse la confianza para poder aspirar a una mínima libertad. Fueron unos meses duros: Sí, mamá, ya voy. Desde luego, mamá, te acompaño. Me apetece dar un paseo. ¿Puedo sentarme con vosotros? ¿Por qué no sacamos unas fotos? Ya sabéis, para el recuerdo. Sí, podríamos ver una película.

Parece que progresa, le decía mi madre al médico. Está mucho más animado, quiere estar con nosotros, llama a los amigos para que le cuenten qué han hecho y dice estar ansioso por poder volver a estudiar, que empieza a aburrirse de estar siempre aislado y solo con la familia.

Sí, decía el médico, debemos ser prudentes, pero creo que ha llegado el

momento de darle un cierto margen. Conviene dejar que establezca nuevas relaciones con sus iguales, ya sabe, con los jóvenes de su edad, debe ser importante para él sentirse normal, poder salir con los amigos, quizá conocer a chicas, todo ello, si bien puede que no le haga recordar nada, ayudará a que no se sienta un bicho raro, decía entrecomillando las frases, creo que debemos darle un margen de libertad.

REENCUENTRO

¡Qué normal soy! Desde luego, lo mío me ha costado. La obsesión que me atormenta, la idolatría que me alimenta consiguió enmascarar todo lo demás.

La voz de la casa no volvió a aparecer ni volví a escucharla. Todos me animaban a relacionarme con el otro sexo, *o con el mismo* —decía yo—, y me miraban extrañados, lo que todos recordaban —menos yo, claro— que a mí me gustaban las chicas. No podía confiar a nadie que ya lo intentaba, a mi manera. Todos se me antojaban espías infiltrados, siervos que me observaban y me delatarían a la mínima ocasión.

A algunas chicas les apasionaba la impoluta blancura de mi mente, qué ternura y tristeza les provocaba. ¿Cómo te sientes? ¡Lo que has debido pasar!, ¡qué melancolía!, una mente maleable, un osito confidente, una mente sana y honesta.

Mediado el verano, en honor a no sé quién, se celebraban las fiestas de Tagartera. Cinco noches, con sus mañanas y después sus tardes que, por eternas, se volvían agradables. No puedo negar que me distrajeron y me divertí, por un momento olvidé lo único que recordaba: la ansiedad, el desconcierto, la soledad, la incomprensión; y las cartas también. Alguna que otra copa me tomé aun teniéndolo terminantemente prohibido, ¿qué me podía pasar? ¿No recordar lo que hice la noche anterior?

La última noche, ebrio, reconocí la fragancia, aquel sutil olor que no era azahar. Por un momento me pareció que la gente se petrificaba. Aquel olor inundó mi cuerpo. Un instante después escuché una voz; la voz y la fragancia, ambas armonizaban como un acorde perfecto. Me giré y caminé dejándome llevar por la intuición. Varios de aquellos

que decían ser mis amigos entorpecieron mi camino. Vamos a que nos dé el aire, decía uno. Creo que has bebido demasiado, decía otro. Me desembaracé de ellos y detuve a mis amigas que, apresuradas, parecían querer esconder algo. Ahora sí, próxima, a mi alrededor, se percibía clara la fragancia. Miré a mi alrededor y la vi de espaldas. Todos los que la rodeaban me observaban alarmados, la había encontrado. Lentamente, comenzó a girarse intrigada por la mirada de los demás. Por fin, me vio. Yo vi una cara que no me decía nada. Ella vio en mí mucho más. Un reflejo inesperado. Un gesto contenido. Una sorpresa incomparable.

Se le desbordaron las lágrimas. Percibí su inaguantable deseo de huir y, de algún modo, en su corazón, la obligación de decir algo.

Sentí una tremenda decepción. La fragancia y la voz prometían algo que

solo la fe es capaz de evocar y, a pesar de la decepción, no flaqueaba mi devoción. Era ella, era lo único que había sabido con certeza desde mi vuelta del reino caliginoso y silencioso que nos había separado una vez.

—Eres tú —me dijo.

—No lo sé —le respondí.

ESPERANZA

Dice que el amor no la conmueve, ahora no, no conmigo, ¿qué queda de nosotros? —¿qué queda de mí?—, es mejor así.

Mi dolor se hizo entonces más profundo. Cargaba con él de un lugar a otro; de la cama al sofá, por la calle pesaban mucho más las cadenas. Y es entonces cuando arrastras los pesares de un lugar a otro, de la cama al sofá, por la calle pesan las cadenas.

No pude dejar de quererla. Ya había visto su cara y, aunque no sentí lo esperado, ¿qué otra cosa podía hacer sino amarla? No conozco otra cosa que este amor. ¿De qué habría servido entonces todo esto? Aunque no seas consciente, solo puedes seguir adelante.

Así me engaño, soñando que la amo y pensando que la detesto. Y todo da igual. Ni la distancia ni la indiferencia lo van a cambiar.

Me he convencido de que estar enamorado es doloroso. Me he convencido de que la felicidad es dolorosa y que no es el fin sino el principio. Me he convencido de que no se encuentra en ningún lugar y que está en todo a la vez, porque debe ser la búsqueda lo que da la felicidad. Es por eso que mantengo la esperanza. No me queda más remedio que pensar que por lo que he luchado, por lo que lucho, merece la pena.

EL DOLOR

Ahora todos pretenden comprender mi dolor. Es una tortura a la que no puedo renunciar. ¿Qué saben de mi dolor? Yo ni siquiera lo recuerdo y eso lo engrandece. Nadie lo conoce porque tienes que haber estado a punto de perecer por él para llegar a conocerlo, acariciándolo, meciéndolo y abrazándolo hasta que se duerma.

Dormirá un rato y se despertará más furioso. Con el llanto, con la frustración y me llevará hasta ese punto, el lugar donde uno está a punto de perecer. Después volverá y tendré que quererlo. Seguirá al acecho, plomizo y opaco. Leo las cartas, pero ya no me consuelan.

¿LOS RECUERDOS NO OLVIDADOS?

Subí al frío mármol y salté, la vi. Se maquillaba frente al espejo, andaba descalza por las baldosas del patio, se enfadaba porque yo siempre hablaba a voces, intentaba trepar a un árbol, me enseñaba a contar los meses de treinta y un días con los nudillos, se atragantaba al beber agua directamente de la botella y después, un fundido negro; fundirse en negro.

Desperté, había recordado algo mientras moría. Salté desde un puente y no volé como cuando la libertad te lo exige para no enloquecer. Los recuerdos volvieron.

Y ahora, otra vez vivo, recordaba haber visto algo, pero no veía lo recordado. Un sueño, y en él despertaban los recuerdos que se habían desvanecido y sa-

bía que estaban ahí, estaban ahí sin poder traerlos de vuelta.

Un paso, y otro, y otro después; aquella calle debería conocerla. Me alejé del pueblo y en una piedra plana me senté, aspiré el olor de los álamos; los septiembres debían haber sido buenos, toqué la hierba.

LA INDIFERENCIA

No volví a verla, todos coincidieron en que era lo mejor para mí. Mi madre decía que no me convenían tales estados de excitación y el médico asentía con la cabeza.

Una vez leí que se puede morir de amor. Ya no sucede, pero antiguamente sí. Hoy el amor es algo intercambiable, perecedero y caduco. Dicen por ahí que una persona puede llegar a tal estado de depresión que su sistema inmunológico queda reducido a la mínima expresión, y que cualquier bacteria o virus acaba con su vida, no solo porque no se defiende, sino porque ni siquiera existe el deseo de combatir.

La indiferencia no me hace bien: *No soy buena mensajera* —ella misma me lo dijo—, no *te haré olvidar*, *únicamente magnificaré los sentimientos y avivaré el dolor que sientes*.

La indiferencia no me hizo desistir.

Creo vacío, ansiedad y rabia —me dijo también. ¿Qué es lo que hice?

He intentado convertir mi corazón en piedra, pero no sé hacerlo.

FUNDIRSE EN NEGRO

Un paso, otro paso y otro después, aquella calle debería conocerla. Me alejé del pueblo y dejé atrás la piedra plana y el olor de los álamos. A lo lejos vi un puente, el *asfalto* se pegaba a mis suelas como aconsejándome que no me acercara más *¿para qué?*, *desde aquí ya se ve bien*. Quiero verlo más de cerca, le insistía yo. El *viento* soplaba en mi contra, ¿qué temes? ¿Que me acerque demasiado?, solo quiero acercarme un poco más.

He llegado al puente, es difícil cruzarlo sabiendo que entre medias pueden estar los recuerdos. Doy un paso, más valiente de lo que esperaba y, paso a paso, llego al punto en que lo mismo da seguir que darse la vuelta, es el mismo miedo por los dos lados.

El *viento* asedia la pared de piedra y al asomarme me golpea.

Puse un pie sobre el frío mármol y me subí al pretil. Me dejé ir un poco ha-

cia delante, la tensión se acumulaba en cada músculo y en cada célula. Cerré los ojos, pero no, ninguna chispa encendió mi mente, ni una ascua medio apagada que atizándola con viveza volviera a brillar, nada: vacío.

Si el miedo fue lo que causó que de un sueño los recuerdos volvieran, ahora no funcionaba. De pie, encima del mármol, con el *viento* elevándose enfurecido, miré hacia el horizonte y, por un instante, me pareció reconocer aquel paisaje y su asquerosa puesta de sol.

—No te preocupes —le dije al *viento* —, solo los estúpidos se suicidan. Fíjate cuántas cosas por disfrutar. Tú las habrás visto todas y desde todos lados, unas veces las montañas parecen granos de arena y otras los álamos son titanes antiguos, vapuleas a tu antojo todo lo que te rodea y vagas libre por donde te place, hasta hubo tiempos en los que te adoraron, ¿recuerdas?, tiempos en los

que fuiste un dios, ¿lo recuerdas?, yo no, no recuerdo nada, y sé que también a mí me adoraron. Es lo más doloroso.
Cerré los ojos y salté, el *viento* sopló con fuerza y quedé suspendido, incorpóreo y liviano, abrí los ojos; yo no puedo volar.

Empecé a ver cómo aquellas manchas grisáceas del fondo se transformaban en rocas que emergían del agua que titilaba reflejos deslumbrantes por entre las eneas y los juncos. Fuera, en las húmedas cercanías de la orilla, los puntitos rojos decidieron ser amapolas. Daba vértigo a la velocidad que todo aumentaba su tamaño; el hilo de agua se transformaba en riachuelo, los mechones verdes eran ahora parcelas de tréboles y cebadilla.

Ahora sí: sentada en un columpio reía escandalosa. A oscuras en la sala de cine lloraba con disimulo. Distraída con una mosca se le quemaba la comida.

Discutíamos por la temperatura. Todas las cosas que hacía me embistieron sin compasión y por fin llegué…

Aún el tiempo me dio otra oportunidad. Abrí los ojos y vi todo rojo; la sangre me abandonaba, se retorcía por entre las aguas acompañando su viaje, se diluía, se despedía, era absorbida. Mi mano izquierda temblaba incontrolable, no la sentía, pero podía verla en una posición antinatural. Nada me dolía ya, ahora me acuerdo, ya sé a qué vine, y no era la primera vez. Era la segunda.

Después de la primera vino el año oscuro y silencioso, cuando estuve solo, vagando por la oscuridad intentando encontrar esa luz que dicen que nos conduce a otro mundo.

Cuando salté por primera vez ella me había dejado, ese fue el motivo. Qué claro estaba en este momento, qué claros los consejos que todos me daban.

Los recuerdos eran míos otra vez, no fue un sueño lo que me despertó sofocado, eran ellos, que pairaban en espera de su oportunidad. ¿Quién era? Yo mismo.

Vi un trozo de cráneo navegando río abajo y me hizo gracia, ese sí soy yo, ese es mi cráneo flotando río abajo con los cabellos apelmazados por la sangre y mis sesos desprendiéndose. Me hizo gracia y me entristeció, un trozo de mí se despegaba para siempre. ¿Y si no lo encontraban? ¡Qué horror!, el día de mi entierro, un evento tan destacado y a mí faltándome un trozo de cabeza.

El *viento* y el agua tocaban su partitura. Qué alegre y vivaracha resultaba. Qué conmovedor ver cómo los álamos marcaban los pasos del vals infinito que es su melodía, y las eneas y los juncos, las amapolas, todos revoloteaban como chiquillos que no saben a qué jugar. Todo con una cadencia lenta y romántica. Entonces me vino a la cabeza, qué

paradoja, la letra de una antigua balada. Todos, desde las ninfas del agua hasta las luciérnagas de la cúpula universal, acompañaron en coro la despedida con su letra:

La vida, parece, se desvanecerá
Cada día más a la deriva
Perdiéndome dentro de mí
Nada importa, nadie más
He perdido las ganas de vivir
Simplemente nada más para dar
No hay nada más para mí
Necesito el final para liberarme
Las cosas no son lo que solían ser
Falta uno dentro de mí
Muerto, perdido, esto no puede ser real
No puedo soportar este infierno que siento
El vacío me está llenando
Hasta el punto de la agonía
Creciente oscuridad tomando el amanecer
Yo era yo, pero ahora se ha ido
Nadie más que yo puede salvarme
Pero es demasiado tarde
Ahora no puedo pensar
Pensar siquiera por qué debería intentarlo
El ayer parece como si nunca hubiese existido
La muerte me saluda cariñosa

Ahora solo diré adiós
Adiós

Cerré los ojos, solo estarían conmigo unos segundos más, pero al fin vuelven a estar, después, un fundido negro; fundirse en negro.